

Lunes, 12 de noviembre de 2018

“Señor, ¡aumentanos la fe!”

Tt 1,1-9 Nuestra fe se basa en la esperanza de vida eterna.

Sal 23,1-6 Los limpios de corazón lograrán la bendición de Dios.

Lc 17,1-6 Si tuvierais fe como un grano de mostaza...

Jesús nos habla de cómo es la fe no cuánta. Una simple cerilla encendida alumbra en la oscuridad y basta para poder situarte en el lugar y no tropezar; así también, basta un poquito de fe, para hacer “milagros”; porque **todo es posible para el que cree**.

La fe es como un rayo de luz divina que nos hace participar de la misma Vida de Dios y experimentar su presencia, lo que nos lleva a “vivir acompañados”, a identificarnos con su manera de mirar a las personas y los acontecimientos. Hay fe cuando el amor de Dios nos seduce y enamora y puede más su voluntad que nuestros deseos.

Una bombilla sólo da luz si está conectada a la energía, tenemos fe cuando estamos conectados a la Vida.

La fe es un don gratuito de Dios, pero también es respuesta a la llamada que nos hace. Como nuestra debilidad es grande, enseguida aflojamos y necesitamos ayuda; por eso es bueno estar en continuo contacto con Aquel que nos ama primero.

Es la fe la que nos lleva al conocimiento de la verdad de nuestra religión, que se basa en la esperanza de una vida eterna y feliz con Dios. La fe ilumina nuestra vida con una nueva luz. La fe nos lleva a vivir con alegría, con un estilo nuevo: El de Jesús. La fe, creer en un Dios que es Amor y Padre, nos impulsa a mirar a todos los hombres como hermanos y a construir un mundo más justo y mejor. Fe es confiar en el Amor misericordioso de Dios, lo que nos lleva a formar una comunidad de hermanos que se perdonan, se ayudan a superar las dificultades, a mitigar los sufrimientos y a compartir bienes y alegrías; a ser hospitalarios, amigos del bien, justos y piadosos.

Sábado, 17 de noviembre de 2018

“Cuando venga el hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?”

3Jn 5-8 Es bueno ayudar a los hermanos.

Sal 111,1-6 Dichoso el que se compadece y presta.

Lc 18,1-8 ¿Y no hará Dios justicia a los elegidos?

Jesús nos anima a orar siempre, sin desanimarnos nunca. Es un consejo muy a propósito para los que vivimos en el mundo materialista actual, porque, como dice el jesuita Karl Rhaner: *“El cristiano del siglo XXI o será místico o no será”*.

Para un cristiano lo habitual es orar, comunicarnos con Dios constantemente, percibir su presencia y su amor. Naturalmente requiere conocer, saber con quién tratamos, porque ponemos la vida en sus manos. Si confiamos en él buscaremos tiempo y el modo de unir nuestro pensar y sentir al suyo. Para ello, le escucharemos, dialogaremos, intimaremos y podremos experimentar su Bondad, Misericordia, Amistad y Cercanía.

Si nuestra fe es el resultado de un encuentro personal con Jesús resucitado, si hemos descubierto en Dios a un Padre que ama a cada uno, que me busca y se interesa por mí... necesariamente ha de llevarme a un trato sencillo y amoroso con Él, a un diálogo Padre-hijo. ¿No es normal que un hijo y un padre se hablen y se traten?

Porque, ¿qué es la oración para mí? Orar para entrar en el corazón amoroso de Dios, su amor paternal y darle gracias porque nos ha redimido de forma gratuita; no es por merecimiento sino por gracia. Por eso espera que hagamos su voluntad y vivamos como hermanos...

“Orar es tratar de amistad, estando muchas veces a solas con Aquél que sabemos nos ama” (Santa Teresa). Aumenta nuestra confianza y ayúdanos a hacer tu voluntad; pues si los hombres sabemos hacer justicia a nuestros semejantes, ¡cuánto más atenderás Tú los ruegos de tus hijos!

Miércoles, 14 de noviembre de 2018

“Jesús, ten compasión de nosotros”

Tt 3,1-7 Cristo nos ha salvado por puro amor.

Sal 22,1-6 El Señor es mi pastor, nada me falta.

Lc 17,11-19 ¿Sólo este extranjero ha vuelto a dar gracias a Dios?

Si han quedado limpios diez, ¿dónde está los otros nueve? ¿Es que sólo uno es agradecido? Duele la falta de agradecimiento, no es que lo reclames, pero sí lo esperas.

Qué fácil es decir: Gracias, y cuánto bien hace. Palabra sencilla que Dios espera de nosotros y que es respuesta llena de alegría de un corazón agradecido. Es frecuente encontrar a Jesús dando gracias al Padre. Si no somos agradecidos nos perdemos lo mejor: sentirnos amados. Sólo el agradecido percibe la grandeza del don recibido y el elogio de Jesús.

También nosotros, cargados de lepra, nos encontramos en esa disyuntiva, pues hemos sido redimidos. ¿Somos agradecidos, lo reconocemos, lo alabamos, le damos gracias? ¡Es de bien nacidos ser agradecidos!

Encontrarte con Jesús y sentirte amado, curado..., hace nacer en nosotros una fe agradecida y confiada; que reconoce el don, el regalo recibido como gracia. Dios manifiesta su amor a los hombres de muchas maneras, pues **quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad.** Como Padre, quiere que encontremos la felicidad. La curación del hombre parte siempre de la iniciativa de Dios y empieza por su Amor gratuito: **Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo.** Necesitamos tener experiencia de este amor para entender el derroche de amor que tiene por cada uno de nosotros. Esta experiencia nos lleva a ser generoso en nuestras relaciones y a entender que **es mejor dar que recibir.** Nos hace más humanos y libres para amar. Señor, te doy gracias y quiero ser agradecido amándote en los hermanos.

Jueves, 15 de noviembre de 2018

“El Señor libera a los cautivos”

Fim 7-20 Tu amor me ha colmado de alegría y de consuelo.

Sal 145,7-10 El Señor ama a los que practican la justicia.

Lc 17,20-25 El reino de Dios está dentro de vosotros.

¿Qué entendemos por reino de Dios? Esperamos un reino al estilo humano, pero no está ahí. No está en las cosas de fuera, no es como una llegada, sino un vivir: está en ti.

Jesús anuncia la “buena nueva” de Dios proclamando que la presencia del reino de Dios está en acoger su Persona y se ve en sus obras. Los signos del reino de Dios, según Jesús, no son el poder o el tener, sino la humildad, la solidaridad y el amor fraterno, que ayudan, curan y liberan.

Este reino de Dios sólo se encuentra y se alcanza, si se busca con sinceridad de corazón; con la fe que nos hace participar de la vida de Dios, y unificar nuestro pensamiento con el de Jesús mediante un trato asiduo con Él. Porque el reino de Dios nos hace ser una Familia de hermanos, hijos de un mismo Padre, que conocen el misterio de ternura, misericordia y perdón de Dios, que no viene a condenar, sino para ofrecernos su Amor incondicional y salvador, y para que construyamos un mundo familiar, cálido y lleno de afecto.

El reino de Dios está dentro de nosotros. Dios, al crearnos, ha dejado, en cada uno la “marca” que señala quién soy: Soy “made in Dios”; hecho por Dios; por eso no me sacia cualquier cosa, sólo Dios puede llenarme. Sólo los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen, gozan de la justicia, de la paz y del amor de Dios.

En la medida que nos sentimos y reconocemos amados, seremos expresión de su amor: ama como yo te amo.

¡Qué torpe y necio fui, pues viviendo junto a mí no supe ver ni apreciar el regalo de vivir!

Viernes, 16 de noviembre de 2018

“Amar significa vivir la voluntad del Señor”

2Jn 4-9 Caminad en el amor.

Sal 118,1-18 Dichosos los que buscan a Dios de todo corazón.

Lc 17,26-37 El que intente ganar su vida, la perderá.

¡Qué ciegos y pobres somos! Ya ocurría en tiempos de Noé o de Lot, nos pasamos la vida afanados en mil tareas que nos agobian y nos alejan de Dios, pues lo olvidamos.

Jesús nos recuerda que se trata de perder no de ganar. Y eso, ¿cómo puede ser? Ponemos nuestro esfuerzo en ganar, en tener, en hacer..., y Jesús nos habla de perder la vida. ¿Qué clase de vida hay que perder? La vida del “yo”, para ser un “nosotros”, ser uno. El Amor es uno, por tanto, ser uno en el Amor.

Caminemos, pues, en el amor, en Cristo Jesús, el Hijo del amor trinitario, que se nos manifiesta en su Palabra y en los demás hijos. Dios nos manifiesta su amor en las personas que se acercan a nuestro vivir y a las que nos llama a responder con lo que somos: con amor.

Si el Espíritu que resucitó a Cristo Jesús habita en nosotros, también vivificará nuestros cuerpos mortales (Rm 8,11).

En el mundo está presente el “seductor”, que trata de apartarnos del Camino. Por eso debemos estar alerta, vigilantes y viviendo despegados de lo material, de lo caduco, de lo mortal.

El que permanece en el Amor, tiene al Padre y al Hijo, pues el Espíritu nos hace estar unidos. La vida puesta en sus manos, nos convierte en expresión, en manifestación de la ternura, el cariño que Dios nos tiene.

Celebremos en nuestras vidas lo que celebramos en la fe, pues el Señor se complace en los que esperan en su misericordia. Nos dice: En ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras.

Martes, 13 de noviembre de 2018

“Llevemos una vida sobria, honrada y religiosa”

Tt 2,1-8.11-14 Preséntate como ejemplo de buenas obras.

Sal 36,3-29 Confía en el Señor y haz el bien.

Lc 17,7-10 Hemos hecho lo que debíamos hacer.

Te entregas por nosotros, nos redimes de nuestras inclinaciones viciadas y nos enseñas que el Amor es lo primero, que está por encima de todo, y si te dejamos haces de nosotros un pueblo dispuesto a amar y a hacer el bien.

Cuando pensamos que podemos hacer las cosas con solo nuestro esfuerzo, es que no te conocemos a ti. Porque, ¿qué tenemos que no se nos haya dado? ¿Puedo añadir un centímetro a mi estatura o un minuto a mi vida? Somos siervos inútiles, y aun así Señor, te haces necesitado de nosotros para seguir creando, realizando tus obras.

Eres nuestro Padre, nos quieres y sabes lo que nos conviene. Nos pides que te escuchemos, para que sepamos tu voluntad y la hagamos; hagamos lo que tenemos que hacer. Como un pincel no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que quiere el artista, así quiero, Señor, ser pincel en tus manos, para realizar tus obras. No es el pincel el que pinta, sino el pintor. Si al menos tú comprendieras que vengo a ti para que me dejes amar en ti.

Haz en mí, Señor tu voluntad, para que realices en mí el cuadro de mi vida. Que mis deseos y apetencias no se opongan a tu voluntad. Quiero identificar mi vida con el sueño que tienes pensado para mí. Sé tú, mi Señor, el que hagas tus obras en mí. Úsame, aquí estoy para hacer tu voluntad. Sin ti no pinto nada o más bien emborrono mi vida.

Yo sé que no es lo mismo una fe aprendida que una fe experimentada y gozada. Y sé, que el día que tu no estás en mí, destruyo la obra de tus manos.

¡Sin Mí no podéis hacer nada!

Domingo, 18 de noviembre de 2018 **33º del Tiempo Ordinario**

“Cristo se ofreció como sacrificio por los pecados”

Dn 12,1-3 Los que enseñan la justicia brillarán como las estrellas.

Sal 15,5-11 Tú eres mi Señor, nada hay fuera de Ti.

Hb 10,11-14.18 Donde hay perdón, no hace falta ofrenda...

Mc 13,24-32 Verán venir al Hijo del hombre.

Aunque vivamos tiempos difíciles se nos invita a brillar, para que, viendo nuestras buenas obras, los hombres conozcan y alaben a nuestro Padre Dios. Se nos anima a transformar nuestra vida y la sociedad en un cielo y tierra nuevos por medio del amor de Cristo Jesús. Quiere hacernos testigos de la Verdad: Dios es nuestro Padre y nos ama “con locura” a cada uno de sus hijos. Tanto, que nos dio a su Hijo, Jesús, para redimirnos de nuestra ceguera y esclavitudes... y creyéramos a su imagen, enseñándonos el camino del amor y salvación.

No esperamos el fin del mundo, sino la manifestación gloriosa de Cristo, a quien estamos unidos. Hemos sido llamados a la vida por un deseo amoroso de Dios, para que vivamos sintiéndonos amados por Él, ahora y por toda la eternidad: **Con amor eterno te he amado** (Jr 31,3).

La plenitud del Amor y de la Vida la hemos recibido de Cristo Jesús, Encarnación del amor del Padre y que, gustándole por la fe, lo tratemos de vivir, amándole en el prójimo, como somos amados por Él.

Nos invita a vivir con alegría su encarnación y a prestar atención a los signos. El futuro palpita en nuestro presente como la sabia en la higuera aparentemente sin vida durante el frío invierno. Futuro que vamos construyendo día a día.

Deja a Dios que guíe tu vida, pues sabe lo que conviene. Deja a Dios ser tu Dios, no dejes que el tiempo pase sin más. La fe, el cariño, se viven en la carne, y la carne está en el presente, en el hoy y ahora.

Señor, Tú eres la alegría de mi vida, mi bien. Contigo no vacilaré; se me alegra el corazón, pues me sacias de gozo en tu presencia.

Pautas de oración

Cielo y tierra pasarán,



Mis palabras no pasarán.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES